

Mas todavía, españoles, está Zaragoza en pié, y vive para la imitación y el ejemplo: vive todavía para el espíritu público, que en tan heróicos esfuerzos estará siempre bebiendo lecciones de valor y de constancia. Porque, ¿cuál es el español que, preciándose de tal, quiera ser menos que los valientes zaragozanos, y no sellar la libertad proclamada de su patria, y la fe prometida á su rey, á costa de los mismos riesgos y de las mismas fatigas? Atérrense de ello en buen hora los viles egoistas, ó los hombres sin valor: mas no se aterrarán los otros pueblos aragoneses que están prontos á imitar y á conquistar su capital; no los firmes y leales patriotas que ven en aquel pueblo sublime un modelo que seguir, una venganza que tomar, el único camino que vencer. Cuarenta mil franceses que han perecido delante de la frágil tapia que defendía á Zaragoza, hacen llorar á la Francia el estéril y efímero triunfo que acaba de conseguir, y manifiestan á España que tres pueblos de igual teson y resistencia salvarán la Patria y desconcertarán á los tiranos. Nace el valor del valor, y cuando los infelices que allí han sufrido, y las víctimas que allí han muerto, oigan que sus conciudadanos siguiéndolos en el sendero de la gloria, les han aventajado en la fortuna, entonces bendecirán mil veces su suerte aunque rigorosa, y contemplarán gozosos nuestros triunfos.

La Europa, considerando todas las circunstancias de este acontecimiento singular, midiendo los medios de defensa con los de la agresion, y comparando la resistencia que ha hecho Zaragoza á los devastadores del mundo con las que les hicieron hasta aqui las plazas de primer orden, decidirá á quién corresponde la palma del valor, y si son los vencidos los que la han arrancado á los vencedores. Andará el tiempo, y vendrán los dias en que sosegada la agitacion funesta con que ahora el génio de la iniquidad está atormentando la tierra, los amigos de la virtud y la lealtad vengan á las orillas del Ebro á visitar estas ruinas majestuosas; y contemplándolas con admiracion y con envidia: «Aqui fué, dirán, aquel Pueblo que en los siglos modernos realizó, ó mas bien superó, los prodijios antiguos de consagracion y constancia apenas creidos en la historia; sin tener un regimiento, sin mas defensa que una débil pared, sin otros recursos que su esfuerzo, osó el primero provocar las iras del tirano, y por dos veces contuvo el ímpetu de sus lejonas vencedoras; la rendicion de esta plaza abierta y sin defensa costó á la Francia mas sangre, mas lágrimas y mas muertes que la conquista de reinos enteros: no fué el valor francés quien la rindió: un contagio mortífero y general postró las fuerzas de sus defensores, y los enemigos al entrar en ella triunfaron de unos pocos enfermos moribundos; mas no conquistaron ciudadanos, ni vencieron á guerreros.»

Estas consideraciones de mérito, de gloria y de entusiasmo público, han movido á la Junta Superior Gubernativa del Reino á expedir el decreto siguiente:

REAL DECRETO DE S. M.

Considerando el Rey Nuestro Señor Don Fernando VII, y á su real nombre la Junta Suprema Gubernativa del Reino, que los servicios hechos á la Patria deben regularse mas por el valor y los sacrificios que por el éxito, el cual muchas veces depende de la fortuna: atendiendo á que Zaragoza no solo no era inexpugnable, sino que considerada por principios militares, ni era defendible siquiera, y sin embargo ha hecho una defensa cual no se cuenta de plaza alguna en el mundo por fortificada que haya estado: á que los honores y recompensas que se concedan á un pueblo tan benemérito de la patria, son para los que han perecido el justo premio debido á su valor y á su martirio, á los que han quedado un motivo de consuelo y un auxilio necesario para moderar el rigor de su infortunio, y á los demas un estímulo poderoso para que sigan su ejemplo: conociendo que Zaragoza, presente siempre en la memoria de los españoles, será un manantial perenne de acciones heróicas y virtudes cívicas, que son las que han de salvar el estado en la borrasca que le atormenta: apreciando como es debido la gloria singular que resulta á la nacion española de la defensa admirable que ha hecho aquella ciudad, tan preciosa á los

ojos de la virtud y del patriotismo, como la mas insigne victoria; y queriendo, en fin, dar, en señal de la alta estimacion en que tiene á Zaragoza y sus habitantes, un testimonio tan singular y grandioso como el mérito sobre que recae, se ha servido decretar lo que sigue:

- I. Que Zaragoza, sus habitantes y guarnicion sean tenidos por beneméritos de la Patria en un grado heróico y eminente.
- II. Que luego que el digno y bizarro capitán general de Aragon sea restituido á la libertad, para lo cual no se omitirá medio ninguno, la Junta á nombre de la Nacion le dé aquella recompensa que sea mas digna de su constancia invencible y de su vehemente patriotismo.
- III. Que se conceda un grado á todos los oficiales que se han hallado en el sitio, y á los soldados se les considere con la graduacion y sueldo de sargentos.
- IV. Que todos los defensores de Zaragoza, y sus vecinos y sus descendientes, gocen de la nobleza personal.
- V. Que á las viudas y huérfanos de los que hubieren perecido en la defensa, se les conceda por el Estado una pension proporcionada á su clase y circunstancias.
- VI. Que el haberse hallado dentro de la plaza durante el sitio, sea un mérito para ser atendido en las pretensiones.
- VII. Que Zaragoza sea libre de todas contribuciones por diez años, contados desde el día que se haga la paz.
- VIII. Que desde aquella época se empiecen á reedificar sus edificios públicos á costa del Estado con toda magnificencia.
- IX. Que en su plaza se erija un monumento para memoria perpétua del valor de sus habitantes y de su gloriosa defensa.
- X. Que en las de todas las capitales del Reino se ponga desde ahora una inscripcion que contenga las circunstancias mas heróicas de los dos sitios que ha sufrido Zaragoza.

XI. Que se acuñe una medalla en su honor, como testimonio de gratitud nacional por tan eminente servicio.

XII. Que á cualquiera ciudad de España que resista con la misma constancia un sitio igualmente porfiado y tenaz, se la concedan los mismos honores y prerogativas.

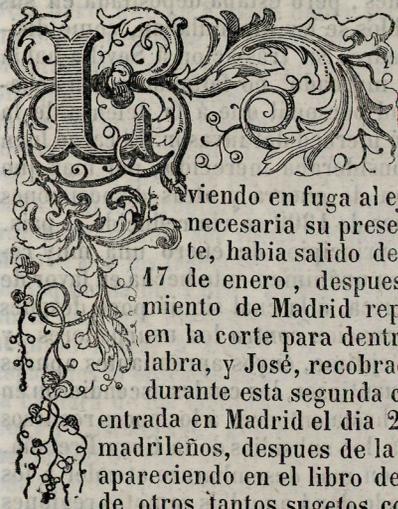
XIII. Que se escite á los poetas y oradores españoles á ejercitar sus talentos en un asunto tan sublime, y se ofrezca á nombre de la Nacion un premio de una medalla de oro y cien doblones al que presente el mejor poema, y otro igual al que escriba el discurso mas bien trabajado sobre este sitio inmortal: llevándose por objeto en una y otra obra, no solo recomendar á la memoria y admiracion del siglo presente y de la posteridad el valor, la constancia y patriotismo de Zaragoza, sino inflamar con la mayor vehemencia el entusiasmo nacional, y llenar los corazones españoles del mismo amor á la libertad, y del mismo horror á la tiranía.....

Tendréislo entendido y dispondreis lo conveniente á su cumplimiento.—El marques de Astorga, vice-presidente.—Real Alcázar de Sevilla 9 de marzo de 1809.
—A. D. *Martin de Garay.*»

Las córtes mas adelante confirmaron este decreto en 22 de agosto de 1813, y el monarca en setiembre y octubre de 1814 concedió á los defensores de la capital de Aragon en este segundo sitio el sabido distintivo de la cruz, con el lema de *El Rey á los defensores de Zaragoza*. Las circunstancias de la lucha en que la nacion se vió empeñada y luego las vicisitudes políticas en que nos hemos visto envueltos, unidas al abandono con que suelen mirarse en España ciertas y respetabilísimas cosas, impidieron que las gracias otorgadas á aquel pueblo de héroes fuesen en su mayor parte otra cosa que un bien entendido proyecto. Las almas generosas y magnánimas que le componian no han conseguido el premio decretado, pero no trocarian por él la gloria que les cupo en merecerlo.

CAPITULO XXI.

Segunda entrada de José en Madrid.—Medidas que adopta: creacion del tribunal criminal.—Respetos y obediencia tributados á la Central: declaracion de las provincias de Asia y América: decreto que se espide en su favor.—Tratado de alianza con el gobierno inglés.—Debates en el Parlamento británico sobre envío de fuerzas á la Península.—Plan de Napoleon para la conquista de Portugal.—Comienzo la insurreccion de Galicia.—Espedicion de Soult á Portugal.



os triunfos conseguidos por las armas francesas á fines de 1809 y principios de 1810 parecian augurar á José un reinado bastante seguro, aun cuando le costára algun trabajo calmar definitivamente la borrasca que en su contra se habia levantado. Ya hemos dicho que el Emperador, viendo en fuga al ejército inglés y próximo á ser derrotado, y siendo necesaria su presencia en Francia con motivo de las cosas del Norte, habia salido de Valladolid con direccion á Paris en la noche del 17 de enero, despues de haber prometido á los diputados del ayuntamiento de Madrid reponer en el trono á José, disponiendo su entrada en la corte para dentro de pocos dias. El Emperador cumplió su palabra, y José, recobrado de la inquietud que le causaba la frialdad que durante esta segunda campaña habia notado en su hermano, verificó su entrada en Madrid el dia 22 del mismo mes. La fuerza habia obligado á los madrileños, despues de la capitulacion, á prestarle juramento de fidelidad, apareciendo en el libro de registro abierto con este motivo 28,600 firmas de otros tantos sugetos comprometidos por la violencia á sostenerle en el trono. La entrada del intruso fué fria, á pesar del magnífico aparato con que se dispuso, no oyéndose en su tránsito desde la puerta de Atocha á la iglesia de San Isidro y de esta á Palacio, mas aclamaciones ni vivas que los de unas miserables mujeres, dispuestas y pagadas al intento. En San Isidro se cantó un *Te-Deum*, y el rey colocado en el trono dirijió al auditorio un pequeño discurso, en el cual manifestó sus deseos de hacer el bien del pais, añadiendo que no habia aceptado la corona sino á condicion de conservar la unidad de la Religion católica, la independencia de la monarquia, la integridad de su territorio y la libertad de los españoles.

Cumplida la etiqueta de costumbre, y felicitado el intruso por las autoridades y corporaciones y por otros varios sugetos, muchos de ellos eclesiásticos y aun obispos, dedicóse á reorganizar el gobierno y á restablecer en cuanto fuese posible el

orden y la tranquilidad. Una de sus medidas fué enviar con este último objeto varios comisionados á las provincias entre los personajes de mas cuenta que habian abrazado su causa, los cuales aceptaron la mision de predicar por todas partes la obediencia y sumision á sus órdenes, si bien con el poco fruto que de suyo se deja inferir. Dió tambien un decreto y un reglamento organizando la policia, y cual si le causára vergüenza no tener en su apoyo otros guerreros que los que le proporcionaba su hermano, ordenó se formasen inmediatamente algunos regimientos españoles. Su estrella en cuanto á esto fué menguada, pues nunca pudo reunir en torno suyo un solo cuerpo digno de tal nombre, desbandándose con frecuencia los soldados para unirse á las filas leales. Irritado con estas defecciones y con ver que á pesar de sus triunfos no daba muestras la insurreccion de reducirse á la nulidad, afrontó las buenas prendas que le distinguian como hombre naturalmente justo, creando un tribunal criminal, compuesto de cinco alcaldes de corte y presidido por el ministro de policia D. Pablo Arribas, hombre de carácter cruel; y esa junta, cuyo primer objeto era entender en las causas de asesinos y ladrones, estaba destinada tambien á hacer lo mismo con las de los patriotas y defensores de la independencia, confundiéndolos con aquellos, é imponiéndoles la pena de horca. Muchos fueron los infelices que sufrieron el injusto rigor de esa institucion espantosa; pero ni las medidas de terror, ni el imponente aparato de la fuerza que contra los españoles se desplegaba, sirvieron para ganar al intruso la obediencia que se prometia, no siendo cumplidas sus órdenes sino solamente en Madrid y en los puntos materialmente ocupados por sus huestes, y aun eso con dificultad.

La acatada y reverenciada, y la que no solo en las poblaciones libres, sino aun en las mismas que sufrían el yugo, via siempre respetadas sus providencias, era la Junta Central. Sus desaciertos habian sido grandes, pero estaba depositada en sus manos la legitima autoridad nacional, y los pueblos se los disimulaban, como disimulan los hijos los defectos que notan en el padre. Su traslacion á Sevilla habia escitado en algunos puntos un disgusto bastante marcado, no faltando quien achacase á sus individuos mas apego á su seguridad personal que á la defensa de la Patria, quedando Madrid con su fuga entregado á merced del invasor. El cargo bien mirado era injusto, y la general opinion no lo consideraba merecido, por mas que culpase á la Junta por no haber adoptado un plan de guerra y otras disposiciones á propósito para no venir al conflicto á que á fines de 1808 se via reducido el pais. Afortunadamente nuestras desgracias tuvieron á principios de enero una muy regular compensacion con la noticia de la declaracion unánimemente hecha en favor de la causa nacional por nuestras posesiones de América, á la cual siguió poco despues la de las provincias de Asia, llenas todas de indignacion contra los usurpadores, y todas obedientes y sumisas á la voz del gobierno lejítimo, cuyos apremiantes apuros se apresuraron á remediar enviándole donativos cuantiosos, los cuales ascendieron en todo el año 9 á 284 millones. Reducida la Central hasta entonces á los pocos recursos pecuniarios que le suministraba la Peninsula, y á los subsidios de la Gran Bretaña, no muy considerables por cierto, pudo ahora con mas desembarazo atender á los inmensos gastos que ocasionaba la lucha; y deseando dar á aquellas remotas regiones una prueba de consideracion por su eminente servicio, espidió el 22 de enero el célebre decreto que las declaraba parte integrante de la Monarquia, en vez de considerarlas colonias como se habia hecho hasta allí, estableciendo entre sus habitantes y los de la Peninsula una desigualdad injuriosa, aunque no tan chocante como la que se advertia entre otras colonias y sus metrópolis.

Esta especie de alianza con nuestras posesiones de ambas Indias vino á coincidir con la consignacion terminante y esplicita, por medio de un tratado formal, de la que existia de hecho entre nosotros y la Gran Bretaña desde el principio de la insurreccion, tratado que se firmó en Lóndres el dia 9 de enero por medio de los plenipotenciarios D. Juan Ruiz de Apodaca, gefe de escuadra, en nombre del gobierno español, y Mr. Canning, secretario de negocios extranjeros, por parte de la Inglaterra. En él se estipuló no reconocer el Rey Jorje otro monarca en España que Fernan-

do VII, y no ceder España á Francia parte alguna de su territorio, ni concluir, como tampoco la Inglaterra, tratado ninguno de paz con Napoleon, sin acuerdo de ambas partes contratantes. Mas urgente que ese tratado era entablar otro relativamente á subsidios; pero por mas esfuerzos que hizo la Central, no pudo conseguir arreglarlo. La generalidad del pueblo inglés y la mayoría del Parlamento estaban por socorrernos á todo trance y en todos sentidos, pero en el último habia tambien opositores tocante á envio de fuerzas, y el gobierno británico por su parte sentia á cada una de nuestras desgracias cada vez mas tibia su fe en el éxito de la lucha.

La apertura del Parlamento, verificada el 19 de enero de 1809, dió lugar á vivisimas discusiones relativamente á los infructuosos recursos otorgados á la Suecia en el año anterior, tratándose con igual calor de la expedicion de Portugal, de la convencion de Cintra, de los desastres de España y del bill del congreso americano, por el cual se prohibia la entrada en los puertos de los Estados Unidos á todo buque perteneciente á la Inglaterra, á la Francia, ó á los paises sometidos á la influencia de estos dos gobiernos, siempre que navegase bajo las restricciones impuestas por el decreto de Berlin ó por orden del consejo británico. Los debates de mas interes fueron los que decian relacion á los negocios de España y Portugal. Los lores Saint-Vincent, Moira y Greenville hablaron en la Cámara alta contra el envio de un ejército á Portugal, mientras España prosiguiese en el inminente peligro que la rodeaba. El primero observó que era derisorio hacer desembarcar tropas en el mediodia de la Peninsula, cuando lo que convenia era llevarlas al norte, donde tanto urgia á los españoles ser socorridos. Lord Moira procuró demostrar que la independencia de Inglaterra amenazada por Napoleon, en ninguna otra parte que en España debia ser decidida; que la caída de esta última potencia no podia menos de arrastrar en su pos la de la Gran Bretaña; y últimamente, que si el ministerio se hubiera apresurado á enviar en tiempo oportuno un negociador hábil que concertándose con la nacion española se hubiese explicado con franqueza sobre la conducta que la Gran Bretaña deseaba observar respecto á un pais tan injustamente invadido, los insurjentes no habrian jamas puesto en duda los socorros que tan tarde se les habia ofrecido. Lord Greenville sostuvo ser el norte de España, en las fronteras de los Pirineos, el único punto donde las fuerzas inglesas hubieran podido ser verdaderamente útiles; y que si despues de la evacuacion de Madrid por los franceses en agosto de 1808, con su consiguiente retirada á la orilla izquierda del Ebro, hubiera sido posible enviar un ejército inglés á este punto antes de llegar los refuerzos del ejército grande de Alemania, tal vez se habria conseguido lanzar á José y á sus tropas al otro lado del Bidasoa, y aun abrir á los españoles la entrada en Francia. Igual fué el sentido en que habló M. Ponsomby en la cámara de los comunes. El ministerio respondió por medio de los lores Hawkesbury y Castlereagh, que enviando un ejército á Portugal mas bien que á España, no habia hecho sino obrar conforme al deseo manifestado por las diversas juntas españolas. Otro orador ministerial, M. Canning, se esforzó igualmente en justificar la conducta de los ministros del rey, esponiendo la situacion en que se hallaban las cosas de España cuando el comienzo de la insurreccion. « Cuando la nacion española, dijo, se alzó toda espontáneamente y con una especie de acuerdo sobrenatural, formáronse distintas autoridades locales independientes, y sobremanera recelosas contra toda tentativa en cualquiera de ellas para abrogarse la menor supremacia sobre las demas. » La Suprema Junta Central no se habia en efecto instalado, segun ya hemos dicho, hasta los últimos dias de setiembre, y á ese retardo en la concentracion del movimiento insurreccional atribuia Canning la direccion dada á la expedicion inglesa, no menos que la lentitud que sir Jonh Moore habia observado en salir de Lisboa.

Nosotros hemos manifestado ya nuestro modo de ver relativamente á las causas que influyeron en esa lentitud, y ahora repetiremos que todas se redujeron en el fondo á una; á la demasiada timidez de Moore en obrar con resolucion. Por lo de-

mas, creyendo, como creemos, que con solo las fuerzas nacionales bastaba para haber estrellado á José contra el Pirineo, á haberse obrado por nuestra parte con la celeridad conveniente, sin dormirnos al son de la victoria segun nuestra habitual indolencia, claro está que tambien convendremos en que el éxito hubiera sido mucho mas eficaz y seguro, habiéndose añadido á esas fuerzas las del ejército inglés, como muy á propósito decian los oradores de la oposicion.

Hemos dicho que Bonaparte, aun teniendo invadida la Mancha, no quiso por de pronto penetrar en Andalucía, considerando mas útil perseguir al ejército de Moore. Esto era una parte solamente del plan que habia concebido. Conseguida que fué, faltaba lo mas importante, que era invadir nuevamente el Portugal, arrancando para siempre á la Gran Bretaña su punto principal de apoyo en la guerra peninsular. Obligado á partir á Alemania con motivo de la guerra de Austria, no pudo el Emperador realizar la empresa por sí propio, y así dió la orden de hacerlo á los mariscales Victor y Soult, encargando al primero la invasion del reino lusitano bajando por el Tajo y atravesando la alta Estremadura, mientras el segundo debía pasar el Miño por la parte de Tuy, y avanzar en seguida al interior del territorio portugués por Braga y Oporto.

Causas que diremos despues impidieron á Victor obrar en el sentido que se le prevenia, haciéndolo Soult solamente, aunque con la poca fortuna que en último resultado veremos.

Ocupadas por Ney las plazas de Lugo, la Coruña, el Ferrol y Santiago, pudo el duque de Dalmacia acelerar los preparativos de su expedicion. Dificultades nacidas de su posicion equívoca en Tuy obligáronle á renunciar á pasar el Miño por este punto, segun se le habia prevenido, y así resolvió verificarlo por Orense, á cuyo fin puso en movimiento su ejército, compuesto de unos 26,000 hombres, el dia 17 de febrero de 1809.

Notábanse por aquel tiempo en Galicia inequívocos y alarmantes síntomas de una insurreccion general, siendo esto tanto mas extraño á los ojos de los franceses, cuanto acabando de ser sometido aquel reino, pareciales rayar en temeridad la menor tentativa de sus habitantes tocante á sacudir el yugo. Erijidos en gefes del paisanage los abades ó curas párrocos de Couto y Valladares, comenzaron á hostigar á los franceses en los momentos en que creían mas segura su reciente conquista, derrotando sus partidas sueltas en varios puntos, y añadiéndose á sus esfuerzos los del bravo José Labrador, los del monje fray Francisco Carraseon, y despues los del juez de Maside, caudillos todos con igual valor, aunque con diferente fortuna, de aquellas terribles guerrillas. El marques de la Romana por su parte despues de haber evitado, como lo hemos visto, el encuentro de las columnas francesas cuando Moore se retiraba por el camino de Manzanal, habia conseguido por un movimiento de flanco arribar á las montañas situadas á la izquierda del Sil, y este movimiento atrevido, libertando al gefe español de la persecucion de Ney, le ponía ahora en el caso de tentar un golpe de mano sobre Orense, ó de embarazar por lo menos las operaciones de dicho Ney, fomentando la naciente insurreccion, é impidiéndole prestar al duque de Dalmacia los auxilios que en otro caso le hubiera podido facilitar en la nueva y difícil campaña que iba á abrirse en el territorio portugués.

El mariscal Soult habia ordenado á una fuerte columna de caballería caminar á lo largo de la orilla derecha del Miño, á fin de flanquear la marcha del cuerpo de ejército que transitaba por la carretera de Tuy á Orense. Llegados los franceses cerca de Mourenton, supieron que el cura de Couto trataba de impedirles el paso con unos 1,000 paisanos que acaudillaba. Trabóse con este motivo una accion bastante reñida, en la cual fué vencido el abad, despues de haber causado á los franceses un daño bastante notable. Irritados los imperiales con la resistencia, saquearon la poblacion, y luego la entregaron á las llamas.

Entretanto el grueso del ejército de Soult siguió sin percance particular el camino de Tuy á Orense, y llegando el 4 de marzo delante de esta ciudad, cruzó el Miño sin obstáculo. Sabedor de su movimiento el marques de la Romana, habia

venido á ocupar las alturas de Orsuna, junto á Monterey, con cerca de 20,000 hombres entre la gente que habia reorganizado en Leon y la allegadiza de nueva leva que acababa de reunir en Galicia. El mariscal francés procuró ganarle á su causa, y envióle un parlamentario, prometiéndole crecida recompensa si se sometia á José con las tropas que acaudillaba. La respuesta del español fué la que debia esperarse de su reconocido patriotismo, tras lo cual, conociendo que sus fuerzas no se hallaban en estado de poder medirse con los imperiales, procuró evitar todo encuentro, retirándose con presteza. Desgraciadamente el francés sabia por el mismo parlamentario que acababa de enviarle la deplorable situacion de nuestro ejército, y atacándonos cerca de Monterey, consiguió desordenarnos completamente, cojiéndonos diez cañones, siete banderas y una gran cantidad de municiones, con bastante número de prisioneros. Reducido Soult á un ejército menos fuerte del que



necesitaba para invadir el territorio portugués, temió debilitarse mas conduciendo los prisioneros españoles, y así determinó libertarlos, haciéndoles prestar antes el juramento de no volver á tomar las armas contra la Francia ni contra el rey José. ¡Precaucion ilusoria! dicen los autores franceses: los españoles habian probado en todo el curso de la lucha que no se consideraban ligados por semejantes juramentos. Quince dias despues de su libertad, todos los prisioneros de que hablamos habian vuelto á incorporarse de nuevo al ejército del marques:

Al dia siguiente llegó Soult á Verin, poblacion que por medio de un desfiladero conduce á la frontera de la provincia portuguesa de Tras-los-Montes, y cuyo paso trataron de disputarle los portugueses, coronando aquellas alturas en número de 4,000 hombres; pero atacados por los imperiales, fueron, como gente inesperta, lanzados de los puntos que ocupaban, desbandándose por todos lados. Tomado Villarelo despues con poca resistencia, esperó Soult en esta poblacion la reunion de todas sus tropas, y poniéndose en movimiento el dia 10, pasó el Tamega derrotando un cuerpo de ejército reunido y organizado en la provincia de Tras-los-Montes por el general portugués Freire. Otro destacamento de la guarnicion de Chaves, una de las ciudades principales de dicha provincia, habiase adelantado en número

de 5,000 hombres sobre el flanco derecho de la vanguardia francesa, mientras una nube de tiradores asestaba contra ella desde las rocas un fuego mortífero. Los franceses vencieron este obstáculo con la misma felicidad, tendiendo en el campo de batalla á 600 de sus adversarios y haciéndoles un gran número de prisioneros, persiguiendo á los fugitivos hasta los mismos muros de Chaves. Esta ciudad tenia una guarnicion de 6,000 hombres, de los cuales solo 4,500 eran soldados propiamente dichos. Encargado de la defensa de esta parte de Portugal el general Freire, tenia órden de no empeñarse imprudentemente en ninguna accion, retirándose lentamente delante de Soult hasta que reuniéndose á otro cuerpo encargado de cubrir á Oporto, pudiese, de acuerdo con él, contener con mas probabilidades de éxito los progresos del enemigo. Esta medida era hija, como se ve, de la fria táctica inglesa; pero el paisanage de aquella frontera no sabia resignarse á ceder sin tentar primero al combate, y el gefe portugués se vió precisado á defenderse á pesar del malisimo estado en que se hallaba la plaza. Soult intimó la rendicion á Chaves, y no recibiendo respuesta satisfactoria, amenazó pasar á cuchillo á la guarnicion si antes de las seis de la mañana del 12 no procedia á capitular. Esta amenaza produjo su efecto, y Chaves le abrió sus puertas, despues de haber salido durante la noche una parte de la guarnicion.

Detúvose el mariscal francés tres dias en esta ciudad, tanto para dar á su gente el descanso que necesitaba en sus primeras fatigas, como para proveerse de viveres, teniendo como tenia que atravesar una provincia que siendo poco fértil de suyo, ofrecia entonces menos probabilidades de suministrarle subsistencias, huidos como estaban sus habitantes, los cuales se habian llevado á las montañas cuantos recursos tenian. Encargada la conservacion de Chaves á una débil guarnicion, y dejando allí los enfermos, heridos y gente inútil, salió el dia 15 con direccion á Braga, llegando el 17 á las alturas de Carvalho, despues de haber desalojado á la bayoneta las partidas portuguesas que intentaron oponerse á su tránsito en los desfiladeros de Rivaens, Vandanova, Salamonde y otros puntos. Desde su nueva posicion vió Soult al ejército lusitano formado en batalla en los montes que están delante de Braga.

Este ejército se componia de todas las tropas del general Freire, junto con las de los numerosos alistamientos que se habian verificado últimamente en las provincias de Tras-los-Montes y Entre-Duero-y-Miño. Al aproximarse el ejército francés quiso Freire levantar su campo y retirarse á Oporto, segun las instrucciones que tenia; pero el paisanage, en quien consistia la mayor parte de su fuerza, pidió á gritos se esperase el ataque. El general, á pesar de eso, parecia decidido á poner en ejecucion su movimiento retrógrado, visto lo cual por los paisanos arremetieron á él los mas furiosos, y despues de tenerle preso, le sacrificaron sin piedad junto con la mayor parte de los oficiales de su estado mayor, amenazando con la misma suerte á todos cuantos fueran traidores á la sagrada causa de la Patria. Uno de los gefes que habia podido conservar todo su ascendiente con los amotinados, hizo que estos ofreciesen la direccion del ejército á un oficial hanoveriano, llamado el baron de Ebben, viéndose este obligado á aceptar el mandó al modo que Wamba la corona, es decir, bajo pena de la vida. El nuevo gefe se puso el 18 en movimiento con aquella muchedumbre furiosa, y lanzó de Linoso á los franceses, aunque estos al dia siguiente volvieron á ocupar la poblacion. Entretanto los portugueses se disponian á un ataque general, sabido lo cual por Soult resolvió anticiparse á la embestida, atacándolos el 20 por la mañana, haciéndoles abandonar con pérdida considerable la posicion de Carvalho, y entrando en Braga á continuacion.

Y asi continuó el duque de Dalmacia venciendo con igual felicidad los obstáculos que sucesivamente se le opusieron hasta dar vista á la ciudad de Oporto. Esta capital, la mas importante de Portugal despues de Lisboa, tenia á los ingleses, particularmente interesados en su conservacion, y nada se habia omitido para ponerla en respetable estado de defensa. Su guarnicion, compuesta de 20,000 hombres de tropas regladas, habia sido puesta por el general británico Beresford á disposicion del arzobispo, nombrado gobernador de la plaza; y este ejército, unido á las numerosas